

ATENTADO DE ETA

ISABEL IBÁÑEZ

Cuatro ex concejales afrontan con valentía el haberse convertido de pronto en blanco fácil de los pistoleros etarras

«No tengo más miedo, sólo estoy enfadado»



Un agente busca pruebas debajo del vehículo del ex concejal Isaías Carrasco. / REUTERS

Fue un bonito día de finales del verano pasado cuando el ex concejal socialista Kepa Larrea salió solo a la calle después de varios años acompañado de un escolta. Se habían consumido los tres meses de rigor que le conceden a un cargo antes de retirarle la vigilancia en casos 'normales'; al fin y al cabo, él nunca había aparecido en los papeles, 'sólo' le destrozaron el coche. Kepa Larrea no se llama así en realidad, aunque ayer él insistió en aparecer con su nombre y apellido. «¡Ponlo!, no hay ningún problema, no tengo más miedo hoy. Al contrario, la rabia te lleva a sacar pecho y tirar 'pa'alante'. Sólo estoy enfadado y triste». La valentía se agradece, pero no hay que dar pistas.

«Me acuerdo muy bien de ese primer día», dice este hombre de 49 años que ejerció cuatro como edil en un municipio vizcaíno. Pisó la acera y sintió «una mezcla de libertad y preocupación». A su lado ya no había nadie en quien descargar sus temores. «Aun así, fue una liberación», recuerda. Quizás eso mismo sintió Isaías cuando se vio sin compañía dentro de su cabina del peaje de Bergara, después de compartir estrecheces tanto tiempo con otra persona.

«Dejé el cargo por cansancio y por el agobio de llevar siempre detrás a alguien. ¿A quién le gusta ir con su pareja hablando de cosas íntimas y que haya un extraño escuchando?», se queja Kepa. Y como ya nadie se agachaba por él, empezó con la rutina que muchos vascos adoptan para mantenerse vivos: ese dejar caer las llaves para mirar debajo del coche, como que esta mañana te has levantado un poco torpe; ese «girarse con más frecuencia», creyendo haber visto a alguien alto, con barba postiza y vestido de negro, como el que ayer mató a Isaías... Han pasado meses desde entonces «y te vas relajando –reconoce Kepa–. Aunque no del todo, porque tenemos contactos con los expertos que nos aconsejan estar en guardia».

La muerte de su compañero de partido ha vuelto a prevenirle contra esa falsa sensación de libertad. «Me he quedado de piedra. Te digo que estoy hablando contigo y no he reaccionado. Conocía a Isaías de la UGT, aunque hacía tiempo que no teníamos contacto. Pero sé que también era de los que tenía ganas de dejar la escolta, incluso más que yo, y eso que él vivía en Mondragón...».

Asegura que no piensa en retomar las medidas de seguridad: «Lo que no voy a hacer es presionar a mi partido con la protección, ahora lo que hay que hacer es apoyarlo; sólo pienso en votar. Hombre, les diría que no se olvidaran de nosotros, pero es insostenible que nos vigilen a todos. Habría que buscar alguna fórmula nueva...».

Dice Kepa que el paso dado por ETA es «lógico porque no tienen escapatoria. Todos sabíamos que esto iba a ocurrir antes de las elecciones. Matar es sencillo y sin escolta somos mucho más fáciles». Seguro que Isaías también pensó eso dentro de su cabina, sin imaginar que ya no volvería a ejercer su derecho al voto ni ningún otro.

Rafael Carriegas fue concejal del PP en Barakaldo desde 1995 hasta 2007. Tiempo suficiente para que cualquiera desee dejar atrás el seguimiento. «Me lo replanteo cada día, pero cada día me recuerdan

que no puedo salir sin ellos». Él conoce bien cómo se las gasta ETA; los terroristas asesinaron a su padre, Modesto, en 1979. «Desde entonces –dice Rafael– han matado a casi mil personas y siguen con su ceguera. Y ahora van y acaban con este señor desvalido que estaba en su pueblo y cuyo pecado era haber ocupado un puesto de responsabilidad en el Ayuntamiento. Esto es insostenible. Pero volvemos a lo de siempre, van a por los más fáciles, con protección somos más complicados de asesinar y, al fin y al cabo, el eco va a ser el mismo...». Lejos de achantarse, Rafael aconseja ver las cosas con perspectiva: «Han muerto infinidad de personas sin cargo, policías, concejales, funcionarios, guardias civiles... Y no podemos poner escolta a todos los ciudadanos, porque acabarían matando a la madre de, a la hija de... No podemos centrarnos en el análisis de los ex concejales».

Rafael no tiene más miedo que ayer; «pero no por valiente, sino porque llevo conviviendo con él diez años... Tengo mis ángeles de la guarda, me acompañan a todas partes y en ellos delego mi temor. Y no te voy a ocultar que esta mañana (por ayer), al enterarme de la noticia, he pensado que podría ser yo. Me acuerdo de mi padre y al saber que Isaías era de mi edad y tenía un crío pequeño como yo me he visto en un espejo. Pero sería igual si hubieran matado a un juez».

El año pasado, cuando dejó la concejalía, Rafael se puso de plazo hasta diciembre para dejar atrás a sus escoltas. «Pero llegó diciembre y dije que lo haría este verano. Ahora, con esto, me aseguran que es imposible, porque soy una persona de alto riesgo... Fíjate, dejé la política para que mi hijo no sufriera lo que yo pasé con mi padre y ya ves. Pero también te digo que mañana volveré a plantearme de

nuevo que no puedo seguir viviendo con escolta por haber sido lo que he sido».

Miguel Ángel Echevarría, también del PP, fue teniente de alcalde del Ayuntamiento de Vitoria. Se jubiló hace unos meses pese a que fue reelegido hasta 2011. Han sido 29 años de político, 16 con protección. Salió en las noticias varias veces, dos de ellas porque le quemaron su tienda. «Claro que se me ha pasado por la cabeza dejar los escoltas, pero como he aparecido siempre en todos los papeles y como me han quemado la tienda, te dicen que no puede ser».

«De repente, esta mañana me han dicho: 'Tenemos que cambiar urgentemente de ruta, han atentado contra un ex concejal'. Y ahí es cuando se me ha puesto este dolor de cabeza que no hay quien lo quite. Fíjate, este chico era más fácil y... les da todo igual». Como teniente de alcalde, se ocupó en el Ayuntamiento de la Policía: «A veces venían los agentes y contaban que fulanito les había dado esquinazo. Yo le llamaba y le decía 'por favor, no nos lo hagas más difícil'. Hubo gente que no lo pudo soportar y lo dejó. Entonces te empiezas a sentir libre, pero es falso, no lo somos».

Con 65 años, ya está cansado. «Tengo que aprender a relajarme, pero ¿cómo hacerlo, si mis nietas me preguntan cada día quiénes son esos que nos siguen siempre? Y piensas en dejar tu ciudad porque quieres vivir, pero también te preguntas por qué has de dejar tu tierra. Pues porque quieres vivir». Los escoltas fueron muy prudentes ayer para no asustar a su mujer: «Al cambiar de ruta, ella les ha preguntado qué pasaba y le han dicho 'nada, alguna cosita'. Luego ella ha puesto la radio y lo ha oído todo. Me ha preguntado '¿Esta era la cosita?'. Y ya todo ha sido silencio en casa».

Teo Uriarte, ex militante de ETA, fue concejal durante 12 años del PSE-EE en Bilbao. «Como soy una estrella de la comunicación –dice medio en broma–, me han mantenido la escolta. Los objetivos de peso están protegidos más o menos, así que van a por los desamparados que han tenido relación con el poder, como ese ex concejal de pueblo. En las ciudades te puedes esconder en el olvido, en los pueblos es más difícil, ETA se encuentra más a gusto». –¿Y si le quitaran la escolta? –«Ese día me iré de aquí».

SI PUDIÉRAMOS DEJAR DE LLORAR

LOURDES PÉREZ



Hay días en Euskadi en los que se hace repentinamente de noche y las lágrimas se anudan a la garganta, en un dramático quebranto que nos devuelve a nuestra tragedia cotidiana, la que siempre regresa encarnada en un pistolero inclemente y sin entrañas. Ayer fue uno de esos días que se oscurecen en el calendario colectivo ya para siempre, obligando a tachar otra efeméride negra en el insostenible rela-

to de oprobio e indignidad que ETA continúa protagonizando. La crónica oficial recordará el 7 de marzo de 2008 como la fecha en que la organización terrorista, seguramente enrabietada por su demostrada incapacidad para condicionar el desarrollo de la campaña electoral, asesinó a un ex concejal socialista con la pretensión de enlutar la cita con las urnas, atomizar al conjunto del cuerpo democrático y reorientar la voluntad de los votantes. Pero la historia interior de los vascos, esa que marchita nuestros logros como sociedad moderna y avanzada, deberá esforzarse en no olvidar el nombre de Isaías Carrasco ni el sufrimiento de todos los

suyos, miembros del mismo pueblo al que pertenecen los asesinos que este helador viernes de marzo decidieron arrebatar la vida al ex concejal socialista.

Quizá si algún día pudiéramos dejar de llorar, los vascos tendríamos la oportunidad de enfrentarnos cara a cara con el destrozado cada vez más difícil de suturar que está provocando la sanguiñaria persistencia del terror. Porque es posible que la banda esté escribiendo los postreros episodios de su trayectoria homicida, pero es tanto el dolor causado que cada uno de sus atentados aleja la reconstrucción de una convivencia normalizada en la que las justificaciones atroces hayan

desaparecido. En la que nadie se atreva ya, como ocurrió en el Ayuntamiento de Mondragón con el cuerpo aún tibio de Isaías Carrasco, a negarse a condenar un atentado que busca silenciar a quienes sólo pretenden vivir libres. Lo que incluye también al conjunto de la izquierda abertzale, cuyo obcecada indiferencia siempre ahonda la desesperación de los familiares de las víctimas y la amargura de la inmensa mayoría de sus conciudadanos.

El atentado de ETA pretende un objetivo imaginable por todos, pero reconocerlo, verbalizarlo e insistir en él supone tanto como reconocer a los asesinos una intencionalidad que supera la mera y simple descripción del asesinato de Isaías Carrasco como un crimen deleznable. De igual

forma, reiterar las apelaciones vanas a la izquierda abertzale para que se desmarque definitivamente de la violencia significa a estas alturas restar relevancia al protagonismo insustituible de las víctimas, empezar a robarles desde el mismo momento de su muerte el espacio que tan amargamente deberían haberse ganado en nuestra memoria.

ETA mata en nombre del pueblo vasco porque sus pistoleros son vascos, como lo son quienes les apoyan y creen aún posible no condenar un atentado y transmitir sus condolencias en el hospital. El atentado de ayer apela al compromiso común para no olvidar que los terroristas, aunque debilitados, no quieren dejar de asesinar. Y para conferir a la cita de mañana toda la legitimidad que han intentado hurtarle.